



GESEMANI

"La Reparación"



"El Amor no es amado"

Nº 6 - Marzo de 2019



Hola a todos. Como cada año, y ya es tradición, celebramos el retiro cuaresmal en el templo reparador de Oropesa con intención de ayudarnos a preparar nuestro corazón en este tiempo y así poder celebrar plenamente la Semana Santa y el tiempo pascual. El vivir un día así con la Hermanas de la Fraternidad nos hace redescubrir la importancia que tiene la oración, la limosna y el ayuno, nos ayuda a adentrarnos en el misterio pascual y nos interpela a cambiar nuestro estilo de vida.



Siempre ha sido para Getsemaní un lugar muy especial y de gran sintonía, y es de agradecer a las hermanas su buena acogida, sus detalles de amor con nosotros y sobre todo con nuestros hijos.

Ya está en marcha la organización de las Pascuas misioneras que cada año prepara el Movimiento para jóvenes y adolescentes y familias y adultos. El vivir la Semana Santa juntos ha sido algo que siempre ha dado mucho fruto personal y así lo hemos experimentado todos en muchas ocasiones. Siempre recordaré la primera pascua que viví junto a D. Antonio de Jesús en el año 95, el mismo año en que conocí Getsemaní unos meses después en el campamento de verano. Hasta entonces jamás había vivido la Semana Santa con tanta intensidad y profundidad. Unido a este

tiempo de convivencia, y más allá de encerrarnos en nosotros mismos, tampoco hay que olvidar el carácter misionero que tienen estas pascuas, de ahí lo de Pascua Misionera. Se trata de ponernos al servicio del párroco y colaborar en todo lo que haga falta transmitiendo y testimoniando la alegría Pascual allí donde vayamos.

Que esta cuaresma reavive en nosotros ese deseo de acompañar al menos durante una hora al Señor en la noche de Jueves Santo, y nos comprometamos a continuar haciéndolo periódicamente todos los meses en la Noche de Getsemaní.

Seguimos unidos en esa próxima renovación de la Consagración de la Diócesis y de España al Corazón de Jesús.

Que tengáis una Santa Cuaresma.

Juanjo Tebar

"OS DARÉ PASTORES SEGÚN MI CORAZÓN ..." (Jer. 3, 15)

Queridos hermanos de Getsemaní:

En este mes de marzo en el que estamos en plena Cuaresma nos viene muy bien meditar en un tema que está en el centro de nuestra fe: "La reparación".

El P. Mendizábal, en el libro "En el Corazón de Cristo" que nos está ayudando durante este curso para nuestra formación señala cómo la reparación negativa, es decir, el esfuerzo por evitar el pecado, es el primer paso de cara a la consagración. En la misa sucede algo parecido. Empezamos rezando el "yo confieso" antes y como preparación necesaria para decir: me ofrezco contigo al Padre en tu santo sacrificio del altar.

En Cuaresma precisamente recibimos ese anuncio fuerte de la Iglesia, que recoge las primeras palabras de Jesús: "Convertíos". Tenemos que apartarnos del pecado que nos esclaviza y nos destruye y volvernos a Dios de todo corazón.



Ante la realidad del pecado el P. Mendizábal hace unas observaciones que me parecen muy realistas y que os invito a volver a pensar: "¿cómo hemos de comportarnos una vez cometido un pecado venial o, Dios no lo permita, mortal? Si Dios, a causa de nuestras infidelidades, permitiese tan desgraciado momento, es necesario:

1º -No asustarse: todavía nos conocemos poco. ¿Por qué maravillarse de las caídas? Nosotros solos, ¿qué podemos hacer? Ni siquiera el confesor se maravillará...

2º -Confiar: Cristo nos ama aun si hemos pecado. El dolor y el deseo de volver a la gracia, ¿qué son, sino efectos de la misericordia de Dios? El mismo que ha emprendido la obra la conducirá a término. Recordad el pecado de san Pedro y la reacción de Jesús. "Líbranos, Señor, de desconfiar de tu misericordia, después de un mal momento". Así nuestro pecado nos hará más humildes y más cautos, más agradecidos a Jesucristo, que, aunque ofendido, no se cansa jamás de perdonar. Nos cansaremos antes nosotros de

ofenderlo. "¡Oh paciencia infinita en esperarme, oh duro corazón en no quererlos, que esté yo cansado de ofenderlos y no lo estéis Vos de perdonarme!"

3º -Agradecerle haber permitido esta falta o aquel pecado, en cuanto puede volverse para nuestro bien y alegrarnos de la humillación. "Todo coopera al bien para quien ama a Dios, aun el pecado ya cometido... Se vuelve a levantar con mayor gracia... El hombre, cuanto es más cauto y humilde, tanto más establemente es mantiene en gracia..." (Santo Tomás de Aquino, Summa Theologica. III parte, questio. 89, art. 2, ad. 1)

4º -Pedir perdón humildemente: considerando, además, los pecados semejantes de otros católicos, debe crecer nuestro dolor y debe surgir el deseo de reparar de algún modo.

Pero tengamos presente que el dolor, el arrepentimiento y la misma confesión no suprimen siempre del todo los efectos del pecado. Estos, aun no siendo en sí mismos pecado, nos inclinan a él. Nuestra voluntad está debilitada y, con la repetición, aumenta la costumbre del pecado. Y puesto que al pecado sigue el dolor de la satisfacción incluso con penas dolorosas, si lo detestamos verdaderamente debemos combatir sus múltiples raíces".

Como veis, la postura adecuada ante el pecado se aleja tanto de la indiferencia como del miedo. El Corazón de Jesús nos ha revelado, por una parte, la gravedad del pecado, la verdad de la ofensa, la necesidad del combate interior, pero más aún nos comunica la seguridad del perdón y de la gracia que va a transformar nuestro interior para formar en nosotros un corazón nuevo, Su mismo Corazón.

No echemos en saco roto la gracia de Dios, no desaprovechemos las ocasiones para volver al Señor, desandando nuestros caminos extraviados, corrigiendo actitudes equivocadas, recuperando ese amor primero del que sin darnos cuenta hemos podido irnos alejando.

"El Señor está a la puerta y llama". Abrámosle sin tardar.

Con mi bendición y afecto, Vuestro consiliario, **José Anaya Serrano**

NUESTRO BUZÓN



Este año Fátima, para mí, se ha superado en comparación con todos los años que llevo yendo; la Virgen nos ha tocado el corazón de una forma muy sutil y sin apenas darnos cuenta, abriéndonos el corazón para poder recibir al Señor y llenarnos de una alegría inmensa. Este año la Virgen me ha llevado a conocer muchas personas con unas personalidades únicas que Ella sabía que me iban a engrandecer mi Fe, por lo tanto, en esta carta me gustaría daros a conocer a algunos de ellos, así entenderéis porque y como la Virgen les ha tocado el corazón, os dejo con ellos...

M^o Elena Esteban Pérez.



Julia Doval (21 años). Delegación Pastoral de Infancia e Xuventude de Santiago de Compostela.

Llevo varios días pensando en que fue Fátima para mí, cuando la pregunta correcta es qué no fue. La verdad es que tenía unas expectativas muy bajas de este viaje ya que hasta hace poco ni me planteaba volver a creer algún día, pero confié en Ella y me lancé de cabeza. Y menos mal, porque en Fátima he vivido el reencuentro con mi fe.

El compartir experiencias vitales con gente que hasta hace una semana era desconocida, abrir mi corazón plenamente a todo lo que me podía aportar este viaje y dejarme llevar aportando todos los prejuicios que tenía me ha ayudado a entender que Ellos nos quieren con todos nuestros defectos y que están siempre a nuestro lado por mucho que podamos negar su existencia.

Estoy súper agradecida de haber retomado este camino, que es todo lo que ha aprendido sobre querer, el dolor y demás; esto no me lo va a quitar nadie. Porque gracias

a esta peregrinación he entendido que no existe una única forma en la que Ellos nos quieren, sino una por cada persona que existe.

Teresa Rincón y F. Javier Belmonte. (21 años). Delegación de Infancia y Juventud de Alcalá de Henares

Aunque somos de diferentes parroquias, ambos hemos ido a la peregrinación a Fátima, que organiza JRC, por una petición de la Delegación de Infancia y Juventud, donde los dos colaboramos. Pese a ser nuestra primera vez, estamos muy contentos por cómo se ha desarrollado la peregrinación. Hemos podido palpar la inmensa riqueza de la iglesia en España, en especial de los jóvenes, con los cuales hemos entablado una gran amistad. Esta experiencia nos ha permitido crecer en el amor al Señor y a su Madre, de la mano de toda la Iglesia.

Maria Reparaz (21 años) Parroquia San Fermín, Pamplona

En medio del ruido del mundo que intenta ensordecer nuestra mente, se me presentó la oportunidad de hacer un parón para ir a ver nuestra madre del cielo en la tierra: La Virgen de Fátima. No era la primera vez que venía, pero puedo asegurar que ha sido la vez que más he sentido. En parte esa es la gracia de este lugar; no importa que hayas estado, cada vez vuelve a ser única. Sea cual sea tu situación, preséntala a la Virgen, cuéntale tus preocupaciones, tus miedos tus alegrías, tus inquietudes... Ella te acogerá con sus manos, que ya te esperan, para ser tu refugio definitivo.

Irene Roncero (19 años), Parroquia Santa María de Benquerencia, Toledo.

Nunca había ido de peregrinación a Fátima y gracias a algunos compañeros de clase y a la gente de la Pastoral Universitaria, este año me animé y ha sido una experiencia increíble. La cantidad de jóvenes de distintas ciudades que caminábamos juntos por una meta común, que era encontrarnos con nuestra madre, fue impresionante. Gracias a los distintos momentos de reflexión y oración que hemos tenido, de una forma u otra me han ayudado a encontrar esa paz que buscaba y espero volver el año que viene ya que todas mis expectativas se han cumplido.

Ana Ganuza (21 años), Schola Barcelona

Para mí este Fátima ha sido un encontrarme de nuevo con el cuidado maternal de la Virgen, que me ha traído a esta peregrinación durante 8 años. Ha supuesto el volver a



darme cuenta de lo poco que merecía esos cuidados y lo necesarios que eran para mi alma. También me ha sorprendido en este sentido el ver el silencio con el que actúa la Madre, siempre buscando pasar desapercibida y sobre todo olvidándose de sí misma para preocuparse de lo más importante; «el Corazón de Dios está muy ofendido». La peregrinación a Fátima te ayuda además a conocer otras realidades y otras personas de las que aprendes diferentes formas de vivir la fe. Además, se ve de una manera muy clara la acción de Dios en la alegría del ambiente y en las gracias que Dios y la Virgen regalan a la gente a la que llevan.

Anónimo (Castellón)

Para mí la peregrinación a Fátima de este año ha sido una peregrinación preciosa. Mucho más de lo que podía imaginar.

Yo fui a la peregrinación con unos planes, pero cuando llegué, en los dos primeros días de la peregrinación, Dios me los desmontó por completo. Las cosas me salieron totalmente al revés de como yo las tenía planeadas. Esto me hizo sufrir bastante durante la peregrinación. En medio del sufrimiento, al final de la Vigilia, sentí que Dios me pedía que me pusiera de rodillas y que hiciera profesión de fe, que recitara el Credo, que dijera en qué Creo. En ese momento sentí bastante paz.

Los días siguientes volví a estar triste y con sufrimiento, pero en medio de este sufrimiento sentí la llamada al sacerdocio. No sé si fue real o si sólo fue una consolación interior que me regaló Dios, pero lo cierto es que, desde esa Misa, recobré la felicidad y volví a casa con una alegría y una paz que no eran mías.

Yo imaginaba que al volver a casa estaría triste y desanimado por no estar ya en Fátima y por qué mis planes de futuro no habían salido como yo esperaba, pero la verdad es que Dios me está sosteniendo y me está dando alegría. Yo pienso que me gustaría que la peregrinación durara mucho más, que me gustaría ahora estar en Fátima con JRC, pero no he de quedarme con lo que me gustaría a mí, sino pensar ¿dónde quiere Dios que

esté yo ahora? Pues si quiere que esté estudiando, que esté en casa y no en Fátima, pues perfecto. Todo eso forma parte de un plan precioso y perfecto de amor que tiene Dios para mí.

Doy gracias también a Dios, por todos los regalos que me ha dado en la peregrinación a través de María. Por el grupo que me ha dado, por todas las personas que Dios me ha regalado conocer, y por todos los sacerdotes con los que he podido hablar. ¡Gracias, Señor! ¡Gracias, María! Para mí esta peregrinación ha sido inolvidable, y aunque las cosas no me salieron como yo quería, he aprendido que ser feliz no está en hacer lo que quieres, sino en hacer la voluntad de Dios y seguir sus planes.

Peregrinacion de FRC a Fátima

Hola, un año más hemos ido a la peregrinación de FRC a Fátima (ya van once), damos gracias a la Virgen que nos concede este regalo tan grande cada año, pues para nuestra familia es un acontecimiento que cada año esperamos con mucha ilusión.

Este año hemos tenido a dos hijas en jóvenes JRC, una adolescente en JURC, y el pequeño es el único que estaba con nosotros.

El lema de este año ha sido: "Seré tu refugio", y para nosotros verdaderamente lo es, no solo este año sino todos los años que llevamos yendo, la Virgen siempre nos acoge y nos cuida, no solo estos días sino durante todo el año.



Podemos pensar que ir otra vez a Fátima puede ser algo repetitivo y que no nos va a aportar nada nuevo, pero el Señor siempre te da algo nuevo y mucho más mediante la mediación de Su Madre, la dulzura de su Inmaculado Corazón nos acerca y guía al Corazón de Jesús (como muy bien nos recordaron en una de las charlas).

Y esto se torna mucho más importante cuando lo vemos desde una "visión familiar", ya que vemos que nuestros hijos están bajo la protección de la Madre.

Por eso si Dios quiere seguiremos yendo a Fátima.

Un abrazo, en el Corazón de Jesús.
Familia Segovia Redondo

FORMACIÓN

LA REPARACIÓN SEGÚN LAS ENSEÑANZAS DEL CORAZÓN DE JESÚS

Luis M. Mendizábal, S. J.

Hora Santa en el templo Nacional. Víspera, primer viernes de octubre.

A lo largo de estos días hemos tratado de ir penetrando en el misterio del Corazón de Cristo. Y no queremos nunca, en nuestro esfuerzo, contentarnos con una mera inteligencia abstracta, fría de esas realidades, sino que hemos deseado, también, vivirlas.

Y esta noche, en el comienzo del primer viernes de este mes, hemos querido reunirnos en este Santuario Expiatorio Nacional para adorar al Señor y para comenzar a vivir el sentido de este día, que puede tener para nosotros una inmensa trascendencia pastoral.

De hecho, la celebración del primer viernes no es algo lo arbitrario, no algo superficial, tiene un sentido. Si vamos a las fuentes donde se origina esta práctica como veremos qué de su sentido es sencillo.

El Señor inspiraba a Margarita María de Alacoque una práctica interior, de profundo sentido espiritual y pastoral, capaz, en el fondo, de renovar radicalmente nuestra vida cristiana. Y era ésta la que le sugería el Señor:

"Al terminar cada mes, el primer día penitencial siguiente procura dedicarlo a reparar por las faltas y pecados del mes precedente, particularmente los cometidos contra la Eucaristía, y procura en ese día comulgar también, para ofrecer al Padre reparación de los pecados: que tengamos un sentido de reflexión sobre nosotros mismos, sobre nuestra vida real, familiar, individual, parroquial, comunitaria; con la convicción de que mucho de ello ha sido deficiente. Y sintiendo los unidos al mundo entero en una conexión interior del corazón con la humanidad, para sentirnos así todos unidos, responsables ante Dios y dispuestos a unirnos al Corazón de Cristo para repararle, para purificarnos, para ir acercándonos cada día más en la intimidad del Señor."

En es una práctica que por sí sola sería capaz de renovar las familias, las comunidades, las parroquias, sí se hiciese de verdad. Y esto es lo que nosotros queremos hacer en este momento.

El primer viernes, de hecho, no es otra cosa, sino la fiesta mensual del Corazón de Cristo, coronada con una Comunión en sentido de amor, de reparación. Y es el primer día penitencial en el que conmemorando la Pasión, cuyo memorial es el Sacrificio Eucarístico, nos unimos a esa pasión y vamos adquiriendo, dentro de nosotros mismos, esas actitudes interiores que la devoción de Cristo nos inculca, y que constituye el núcleo más fundamental de nuestro ser cristiano.



En este espíritu hemos comenzado este primer viernes con esta Hora Santa. Y podría ser hoy y para nosotros, al mismo tiempo, como una pauta y modelo, una actualización de la manera como hemos de vivir en el sentido profundo cristiano que aquí se entraña.

¿Qué lleva consigo esta actitud nuestra de reparación? Toda nuestra respuesta al amor, al Corazón de Cristo tiene como punto de partida nuestra participación del Corazón de Dios. Nosotros llegamos amar en cristiano, porque primero ha descendido a nosotros el amor de Dios.

Se nos ha dado el Espíritu Santo, que viene a formar en nosotros un corazón como el de Cristo. Y aunque no nos transforma en el mismo instante, la gracia coexiste inicialmente con nuestra naturaleza todavía cargada con las consecuencias del pecado original, y el espíritu Santo está ahí, de una manera semejante a como aparece en el Génesis, como incubando el abismo, pero transformándolo y ordenándolo con la fuerza de su Espíritu. Así también en nosotros el espíritu va modelando un corazón como el de Cristo, empapado en el Espíritu del Señor.

Y aquí está el punto de partida de toda nuestra inteligencia de lo que es la reparación. Esa realidad teológicamente tan profunda, esa realidad que llega a las entrañas de nuestro ser cristiano, parte del Espíritu que modela en nosotros el Corazón de Cristo: del Espíritu que forma en nosotros un amor como el de Cristo.

¿Qué lleva consigo ese amor? Lleva consigo una identificación como la de Cristo con el Padre. " El Padre y yo somos una misma cosa." Y en esa identificación de amor con el Padre se identifica también con los hombres, y se hace hombre por amor a nosotros. Esto es lo que vemos en el Corazón de Cristo: uno con el Padre, uno con los hombres por el amor.

Así en nosotros, análogamente cuando se nos infunde ese Corazón de Cristo, nos transforma interiormente hasta irnos haciendo también uno con el Padre y con Cristo, y uno con los hombres. Esa doble línea constituye la estructura fundamental de nuestro ser cristiano.

¿Y qué sigue a este amor? Este amor nos lleva indudablemente a participar íntimamente de los sentimientos de Cristo, nos lleva a tener en nosotros sus mismas actitudes. Y así, en la fuerza de ese amor, cuando Cristo ve la ofensa del Padre, y ve al Padre ofendido, inmediatamente, esa ofensa del Padre le llega a El al alma. Es la primera reacción; estamos en las bases de lo que es una reparación; estamos en los fundamentos.

La reparación no puede entenderse sin un amor que nos identifica con el Padre y nos identifica con los hombres. No puede entenderse sin un amor que es sensible a la ofensa del Padre y sensible también al mal de los hombres y al pecado.



Cuando esa ofensa le llega al alma Cristo, nos debe llegar al alma nosotros. Es señal de un corazón profundamente cristiano el sentir en sí hondamente la ofensa de Dios, de Cristo: esa realidad misteriosa, humana, pero profundamente real. Esa es la postura del hombre ante Dios.

Hay quien está empapado de ese espíritu, a quien está lleno de su Corazón, no le dejan igual esas ofensas a

Dios, no le dejan igual el mal de la humanidad. Ese amor es sensible a la ofensa de Dios; entonces de ahí arranca el movimiento activo de la reparación. El movimiento consecuente que todo el esta fundado en ese amor sensible a la ofensa de Dios.

Reparación negativa

Y ahora volvemos de nuevo nuestra mirada hacia el Señor y contemplamos y nos fijamos en la reacción de ese amor que siente profundamente la ofensa del Padre y el mal de los hombres. Hay una primera reacción que es el evitar la ofensa de Dios, evitar ese mal de la humanidad que es el pecado. En cuanto es un simple evitar lo llamamos reparación negativa.

Lo mismo podemos decir de todo lo que es el mal del hombre: el quitar las injusticias del mundo es una obra admirable de reparación negativa, siempre que arranque de ese

amor, no simplemente la materialidad de quitar las injusticias, porque en el orden cristiano no cuentan solamente las acciones exteriores que realizamos, sino a las actitudes interiores con la que las realizamos, puesto que el cristianismo es religión de amor, es religión del corazón.

Cuando el ver a Dios ofendido por la injusticia del mundo nos mueve a evitar esa injusticia, es un primer paso en nuestra reparación, en nuestro proceso de identificación con Cristo, al cual nos invita cuando dice: "El que me sigue que me siga, y donde estoy yo, allí esté también mi servidor."

Reparación afectiva

No para aquí la reacción del Corazón de Cristo. Volvamos de nuevo nuestra mirada hacia el Señor. Y encontramos en Él un paso más. Cuando Cristo ve al Padre ofendido, el celo de su casa lo devora. Ese celo de su casa le lleva ante todo un amor más intenso. Es una reacción radical, una reacción inmediata que brota precisamente del mismo amor, que no se funda solo en los afectos que producirá.

Es una reparación afectiva, y no se debe identificar sin más con lo que puede ser una consolación del Señor, un "consolar al Señor.", sino que es una exigencia del corazón que ama.

Todo corazón que ama al ver a la persona amada ofendida, descuidada, abandonada, marginada, siente un impulso nuevo de un amor mayor. Es lo que llamamos reparación afectiva. Y ahí nos encontramos, en lo que es el amor que repara: Es el deseo de identificarse más y más con esa persona amada. Y eso lo hace Cristo, y esto repercute, también en nuestro corazón.

Cuando vemos al Padre ofendido, cuando vemos a Cristo ofendido, esto nos impulsa a amarle más. Aquí es donde vemos matizaciones de nuestra reparación, puesto que están fundadas no sólo en un simple amor, si no en la luz que acompaña a ese amor.

Esa luz es una acción del Espíritu Santo sobre nosotros. Iluminados por esa luz del Espíritu Santo, tenemos como una penetración especial para captar ciertos matices del amor de Cristo, del amor del Padre. Tenemos una sensibilidad especial para esos matices que nos llevan, consiguientemente, a una reparación afectiva de ese matiz concreto que con la luz y la gracia del Espíritu Santo o llega hasta el fondo de nuestro corazón.

Para algunos, el misterio Eucarístico llega a ser tal fuente de comprensión espiritual, tienen tal luz para comprender ese amor, que son particularmente sensibles a las ofensas que se cometen contra la Eucaristía y, consiguientemente, sienten un impulso

compensativo de amor, precisamente, en la veneración Eucarística. Y allí es donde cada uno tiene su forma especial, muchas veces dentro de esa misma reparación afectiva.

Otros tienen, pues, un sentimiento más sensible al amor que se nos muestran la cruz. Una sensibilidad más especial para los que desprecian esa cruz, no la estiman, la descuidan, la olvidan, la sepultan ... Y de ahí un matiz especial, reparador a la pasión del Señor. Y así en otros matices que pueden ir surgiendo. Pero no temo siempre están fundados en dos cosas: en un inmenso amor y en un amor que nos hace identificarnos siempre con el mundo.

Nunca tendría un sentido reparador, cristiano, auténtico, quien se sintiera separado del resto del mundo, como lleno de inocencia, de pureza y de amor, que intercede por otros que son puramente pecadores, sin sentirse uno de ellos sin sentir, de alguna manera, pesar sobre si esos mismos pecados, y sin sentir que ese mismo amor compensa simultáneamente por los pecados propios y los pecados del mundo, que lo siente en una unidad pesar sobre su propio corazón, impulsando le a una mayor intensidad en el amor y en la fidelidad.

Ahí tenemos el campo de la reparación afectiva, que podemos vivir en toda nuestra vida, que podemos vivir, indudablemente, en cada uno de los momentos de nuestro día como viento sencillo de nuestros deberes, pero vivido con el sentimiento interior, con ese amor intenso, con esa voluntad de compensación, con un impulso de una fidelidad vivamente, para compensar ese amor que pesa sobre nosotros y que nos hace más abiertos a la redención universal de la humanidad, al amor inmenso del Padre y de Cristo.

Lentamente que hay actos, hay realidades, que se prestan más profundamente a ser objeto de esta reparación afectiva: nuestra adoración eucarística, nuestra oración afectiva, la Santa Misa y la Eucaristía.

Por eso el viernes, la fiesta mensual del Corazón de Cristo. En este día, en la hora Santa ante el Señor expuesto, ante el misterio de su amor nos congregamos, para amarle más, para reparar nuestra falta de amor, para reparar nuestro descuido del Misterio de la Eucaristía el nuestra propia vida, en el mundo de hoy, en donde muchas veces llegamos hasta la aberración dolorosa que poco a poco se nos va filtrando la idea de que no tenemos peligro de amar menos a los hombres, si amamos más a Cristo.

Es increíble, pero alguna vez hemos podido dar pide para ello al mostrarnos de tal manera desprendidos del amor, invocando la adoración del amor. Lo cual es testimonio claro, de que no hemos llegado hasta la fuente del amor, porque nadie puede llegar a la fuente del amor, sin que ardan en el mismo amor, sin que salga con un corazón abierto, inflamado, dispuesto a realizar la vida de cada día el misterio que se esconde en la

entrega sacrificada de la Eucaristía que siendo sacrificio al Padre, se hace comunión de amor a los hombres.

Y aquí es donde esto nos llama a un culto mayor, a una adoración más intensa, a una renovación en nosotros del fuego del amor; a una especie de información de amor sobre toda nuestra vida, para convertirla toda ella en un continuo ejercicio de fidelidad de amor.

Esta es la reparación afectiva que, fundamentalmente, nos pide la Iglesia: mayor amor a quien merece nuestro amor entero. Es la compensación de la frialdad, del



egoísmo, del interés personal en todas las cosas. Esa visión de un mundo materializado en medio del cual hemos de vivir no es, simplemente, un mundo ajeno a nosotros, sino un mundo en el cual nos sentimos unidos por ese principio básico que están en toda reparación: el amor unificante, que nos hace uno con Cristo y con el Padre, uno con los hombres, sintiéndonos solidarios con ellos del pecado de la humanidad, de ese pecado de in correspondencia hacia Dios,

responsables, también, de la salvación de la caridad que ha de abrazar a todos en el misterio de todos los siglos oculto en el corazón de Dios, y entonces amamos, adoramos, salimos de esta misma acción de reparación, más unidos unos con otros, más cercanos los unos a los otros, porque la presencia del misterio de Cristo va entrando en nosotros por la acción del misterio Eucarístico.

Y la conciencia más viva y más profunda de nuestra unidad, de que nadie es ajeno a nosotros y de que debemos aprender a mirar a todos con la mirada con que Dios nos mira, y de sentirnos responsables de la vida de los demás, y por ello con la exigencia de una vida cada vez más fiel, cada vez más abierta, cada vez por encima de nuestros egoísmos. Esta "Reparación afectiva" no es simplemente la consolación, sino que es esa exigencia de amor apoyada en esos principios fundamentales y nucleares de nuestra vida cristiana.

Reparación aflictiva

Y llegamos con esto al gran misterio: el misterio de la Crucifixión, de la muerte, es el misterio de nuestra corredención dolorosa con Cristo, es el misterio de nuestra Reparación aflictiva.

Vamos a entrar en él y vamos a tratar con la luz del Sr. De comprenderlo, de penetrar un poco o siquiera, para cantar lo que esto significa en nuestra vida, y para captar nuestra unión con la pasión de Cristo, de manera que se cumpla la palabra del apóstol: "Cumpro en mi lo que falta a la Pasión de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia."

De la Eucaristía decía el Papa Pablo VI, escribiendo al cardenal Florit, su legado apostólico en el congreso Eucarístico de Pisa: "Jesucristo en la Eucaristía verdaderamente vive y actúa. "Quiere decir que ahora nosotros, no sólo estamos activamente adorando al Señor, sino que estamos bajo el influjo del amor, bajo la mirada amorosa de Cristo, que penetra dentro, que infunde amor, porque es una perpetuación del misterio, de la oblación del Sacrificio de la Misa, que está ahí, dándose a nosotros e infundiendo en nosotros el mismo espíritu de entrega y de amor.

Por eso no venimos sólo actuar, venimos más a recibir que hacer bajo esa mirada del Señor. Hemos de dejar que ese amor de Cristo nos penetre, porque ese amor de Cristo, con sus características, ha de constituir el fondo de toda nuestra reparación, produciendo en nosotros la unión con el Padre, la unión con los hombres, la sensibilidad a las ofensas del Padre y al mal de los hombres, y a la voluntad de un evitar el pecado, en por una parte, y un amor intenso, cada vez más intenso y compensador, por otra.

Invitados por esa amistad del Señor, que nos llama amigos, vamos a tratar con su gracia y su luz de penetrar en este último aspecto: en el Misterio de nuestra participación en la Redención de la Cruz.

Si volvemos nuestra mirada al Corazón de Cristo, que nosotros participamos, vemos que ese amor sensible al ofensa del Padre y al mal de la humanidad, le lleva a dar un paso más, es el de hacerse hombre. El paso de aceptar nuestra condición humana aceptar nuestra naturaleza humana sin excepciones en su condición mortal, como consecuencia del pecado del hombre. Y así, el Señor lo toma sobre si hasta la muerte.

La expresión la encontramos en el capítulo X de la carta de San Pablo a los hebreos. Cuando Cristo vino a este mundo, dijo: "Padre, no has querido holocaustos, ni sacrificios, pero me has dado un cuerpo. Aquí vengo, Padre, para cumplir tu voluntad." Y en esa voluntad única hemos ido santificados todos.

Cuando el Señor, en el pasaje de San Juan (capítulo XII), y ante la proximidad de su muerte, y de esa muerte rodeada de circunstancias dolorosas y humillantes, se siente turbado y dice: "Padre, pase de mí esta hora", y añade, como una frase impresionante, "pero sí he venido para esto , ¡ Padre, hágase tu voluntad !".

Esta indicación tan impresionante y conmovedora: "Padre, si he venido para esto", nos revela a todo el misterio de este amor de Cristo, que se hace hombre afectando esa condición humana, que terminará en la muerte. Y ante la presencia de esa muerte dice: "si he venido para esto ..."

Cuando queremos entrar en ese matiz de nuestra reparación, cuando, en esta hora Santa, fácilmente nos ocupamos en la consideración de la pasión del Señor y particularmente de la agonía del huerto, no lo hacemos simplemente por una especie de deseo de tener lástima del Señor. Ante los sufrimientos de Cristo nosotros podemos adoptar una postura humana: la compasión en sentido humano.



La consolación de quien acercándose a uno que sufre trata de traerle esa compasión que están humana, que están comprensible, que sentimos hacia los que sufren, aun cuando no tengamos ningún conocimiento particular de ellos. Se expresa en nuestra lengua con la frase: "tener lástima del Señor." Al llegar a la Pasión, nosotros no vamos simplemente a tener lástima del Señor.

Esto es lo que muchas veces empequeñece la visión del Corazón de Cristo, como si quisiéramos presentar el cristianismo a la manera de una multitud de gente que continuamente tiene que estar teniendo lástima del Señor, porque siempre necesita nuestra consolación. Y no es ese el sentido profundo. Nosotros nos acercamos a la Pasión de Cristo para tener compasión con El, para compadecer con El, que es muy distinto. Para tener esta postura de compadecer con una persona es necesario el haber estado profundamente compenetrado con ella.

Si imaginamos un matrimonio muy unido, que llega el momento de la prueba y después de una larga preparación cristiana, honda, tiene que afrontarla. Supongamos que el

marido llevado a la prisión, procesado, atormentado y al final ajusticiado. Ese hombre la lleva con un templete cristiano de perdón en sus enemigos, de ofrecimiento de su sacrificio, de espíritu de redención universal. Su mujer está cerca de él, presente a sus sufrimientos, pero tendríamos que decir que esta mujer no tiene lástima de su marido en esas circunstancias, sino que tiene sus mismas actitudes de sufrimiento: tiene su mismo amor, su mismo perdón para con sus enemigos, su misma oblación: compadece con él.

No tenemos que ir a ejemplo fingidos: la Virgen al pie de la cruz no es que simplemente " tiene lástima" un de su hijo, sino que compadece con El.

Nosotros nos acercamos a la pasión de Cristo, a ese misterio, escuchando la palabra del Señor, que siente turbación en su corazón, de temor y de tristeza, un prelude del misterio de la agonía del huerto, "¡Padre, líbrame de esta hora!" (San Juan, Cap.12) , " ¡Padre, si es posible, pase de mí este cáliz!" al escuchar esa palabra suya: " pero sí he venido para esto", ... ahí es donde tenemos que entrar en una actitud de sufrir con Cristo.

Lo que puede ser un sufrimiento de una enfermedad: de la rotura de un brazo, de una pierna, y lo que es la actitud con que se encaja ese sufrimiento, la postura interior, lo que uno hace como persona en ese momento.

Nosotros nos acercamos a la pasión de Cristo, no para quedarnos simplemente en la referencia de sus sufrimientos, que podemos de alguna manera contar, como los huesos del crucificado, sino que vamos a penetrar en su actitud de sufrir. Y la actitud de sufrir de Cristo es la que nos inicia en lo que ha de ser nuestra actitud de corredención con Cristo. Una actitud que no la podemos tener, si no participada de El. Una actitud que está fundada toda ella en un amor y en un amor inmenso.

Es una identificación con el Padre y en una sensibilidad a la ofensa del Padre, que le lleva aceptar esa condición mortal, dolorosa, aceptar con amor esa condición pecado de la humanidad, que asumida por Cristo en la actitud de amor se transforma en instrumento de redención.

Un este es el misterio de la cruz de Cristo: esa muerte que vivifica; ese sufrimiento encajado en el amor es él quien nos muestra a nosotros, para que sepamos llevar, también, a nuestra cruz.

¿Por qué vamos a la agonía del Huerto? Porque ahí se nos revela la actitud sufriente de Cristo. Así se nos revela su voluntad de sufrir, ahí se nos revela su aceptación de la Cruz, ahí se nos revela la inmensidad de un amor que acepta al sufrimiento y la muerte.

Tenemos otros muchos pasajes que nos pueden iluminar en esta visión de la Pasión, pero muy particularmente el que he citado de la carta a los hebreos (c a p. X), en donde se nos indica claramente el sentido de este sufrimiento de Cristo. Cuando dice: "no has querido holocaustos ni sacrificios ...", se refiere a esa visión del Padre ofendido: "no has querido holocaustos ni sacrificios para remediar esa ofensa, pero me has dado un cuerpo." Lo quiero. Lo afectó: "vengo, Padre, para hacer tu voluntad. ¡Si he venido para esto!" y en esa voluntad con la cual se afecta a una vida que es mortal, se acepta la muerte, que es el acto supremo de esa vida.



Así vemos que el mismo Cristo, en el momento de su muerte, inclinó su cabeza y entregó su espíritu. No es que se le cayó la cabeza al morir, es que inclinó su cabeza. Es que dio su "sí" cósmico a la redención para siempre. El sí definitivo de una vida que se ofrece. Y ahí está nuestra reparación aflictiva.

Nuestra reparación aflictiva no es otra cosa sino aceptar en amor, en un amor participado del Corazón mismo de Cristo, nuestra vida mortal con todos sus condicionamientos dolorosos, con todo lo que lleva consigo en su condición humana, en su condición mortal.

Aceptando esa vida mortal, de verdad en la caridad y en el amor. Es decir, que ese Corazón de Cristo, ahora glorioso y ahora triunfante, al que llega tan hondamente la ofensa del Padre, no tiene ya en sí una humanidad que sea capaz de tomar esa condición mortal, pero en nosotros ese mismo amor de Cristo comunicada a nuestro corazón, se realiza en un corazón que lleva consigo una humanidad, donde pueden prolongarse todavía la pasión de Cristo. Y entonces comprendemos que en nosotros se cumple lo que falta a la Pasión de Cristo por su cuerpo que es la Iglesia.

Y no digamos que está ya todo satisfecho, que estallar todo ofrecido: es que la satisfacción de Cristo no es una satisfacción que sustituya a toda nuestra actitud, sino que es una satisfacción, solidaria con la nuestra, que precisamente hace posible nuestra actitud de satisfacción con El.

Nuestra satisfacción no sería posible sin la Pasión de Cristo. De la Pasión de Cristo recibe su fuerza, unida ella se ofrece al Padre y por ellas aceptada en el Padre. Por eso todo unión nuestra y toda nuestra oblación, toda expiación nuestra tienen que unirse al sacrificio de Cristo en la Eucaristía. A ello nos invita al Señor.

Tenemos que aprender nuestra actitud de sufrir. Tenemos que aprender a llevar esa vida mortal nuestra con la actitud interior de Cristo. Y para eso nos exhorta la devoción al Corazón de Cristo a que pongamos en nuestra vida un corazón como el de Cristo. Por eso nos exhorta a que en esta Hora Santa Volvamos, al menos cada mes, de nuevo ese misterio del Corazón de Cristo y volvamos a comprender la profundidad de esa reparación suya y de esa actitud suya de oblación, no simplemente para contemplarla, sin más, sino para que pase a nosotros con la fuerza de la de Eucaristía y de la comunión, la caridad de esa Vida Eterna, que ha de hacernos vivir nuestra condición temporal, mortal, consecuencia del pecado, con la fuerza y el goce de la Vida Eterna.

Y entonces es cuando vivimos así nuestra pasión en el Señor. Entonces es cuando podemos decir también nosotros: "llevo en mi las llagas de Cristo, llevo en mi las señales de la pasión de Cristo."

No porque nuestra vida haya de ser una vida tenebrosa y triste, en absoluto, es una vida vivida con él gozo de Dios, pero vivida en la realidad de una condición mortal que aceptamos, y en la cual hay momentos duros en los que a la manera de Cristo, también nos sentimos turbados, y también nosotros decimos: "Padre, pase de mí esta hora."

Pero cuando con la luz de la caridad reflexionamos en ella, comprendemos de nuevo que estamos solidarizado con el pecado del mundo y con nuestros pecados y tenemos que repetir con las mismas palabras de Cristo: "¡pero sí he venido para esto!" entonces uno lo acepta, porque sabe que es así, porque sabe que estamos asociados a esa Pasión de Cristo, que concluirá luego en el fruto de la resurrección, en la redención de la humanidad.

Aquí estamos, pues, en ese núcleo tan fundamental de nuestra vida cristiana. Esas coordenadas de la unión e identificación con Cristo y solidaridad con los hombres. Sólo en ese amor que acepta esa doble coordenada tiene sentido la "reparación". Por eso nos lleva directamente al punto más nuclear de nuestra vida cristiana: a la caridad, pero una caridad que se ofrece, que se siente solidaria con ese pecado del mundo, y que deja de que caiga sobre sí toda la fuerza de la caridad de Cristo, que le haga asumir esa condición, y ofrecer la con Cristo al Padre, para que sea aceptada con Cristo por el Padre.

En el Señor nos introduzca en ese "misterio de amor", y que nos haga capaces de llevar a los hombres este mensaje de amor que tanto necesitan.

La cruz no es por sí misma signo de salvación, sino en cuanto en esa cruz hay un corazón, en cuanto esa cruz es llevada en la fuerza del amor.



Intenciones del Papa

MES DE MARZO 2019



General:

Por las comunidades cristianas, en particular las que son perseguidas, para que sientan la cercanía de Cristo y para que sus derechos sean reconocidos.

CEE:

Por los jóvenes, para que escuchen la voz de Dios que les llama a una vocación al ministerio sacerdotal y la Iglesia se vea enriquecida con abundantes ministros y testigos del Evangelio.

No olvides...

- ✓ **5 de Abril:** Celebración del Primer Viernes de mes en el Santuario Diocesano de los Sagrados Corazones.
- ✓ **Del 17 al 21 de abril:** Pascuas misioneras Jóvenes y Familias.



MOVIMIENTO APOSTÓLICO GETSEMANÍ
<https://movimientoapostolicogetsemani.com/>
contacto@movimientoapostolicogetsemani.com

